

## 8 • *El Romanticismo* *El Ideal de la Revolución*

### 1> *Una Cultura de la Protesta & La Protesta como Cultura*

Pues he aprendido  
 A mirar la naturaleza, no como en la hora  
 De la juventud despreocupada, sino escuchando muchas veces  
 La música triste y queda de la humanidad,  
 Ni severa ni irritante, aunque un amplio poder  
 Para disciplinar y subyugar. Y he sentido  
 Una presencia que me molesta con el gozo  
 De elevados pensamientos; un sublime sentido  
 De algo mucho más profundamente entremezclado,  
 Cuya habitación es la luz de los soles que se ponen,  
 Y el sonoro océano, y el aire viviente,  
 Y el cielo azul, y en la mente del hombre,  
 Un movimiento y un espíritu, que empuja  
 A todas las cosas pensantes, todos los objetos de todos los pensamientos,  
 Y envuelve a todas las cosas. Por lo tanto todavía soy  
 Un amante de las praderas y los bosques,  
 Y de las montañas... bien complacido de reconocer  
 En la naturaleza y en el lenguaje del sentido,  
 El ancla de mis pensamientos más puros, la nodriza,  
 El guía, el guardián de mi corazón, y el alma  
 De todo mi ser moral.

*Tintern Abbey*, Wm. Wordsworth

Ha sido justamente señalado que mientras “la ciencia dictaba la cosmología ‘externa’: el carácter de la naturaleza, el lugar del hombre en el universo y los límites de su conocimiento real,” el rol del Romanticismo era “inspirar la cultura ‘interna’ de Occidente

– su arte y literatura, su visión religiosa y metafísica, sus ideales morales...”<sup>1</sup>

---

1. Richard Tarnas, *La Pasión de la Mente Occidental*, p. 11.

Este comentario describe para nosotros un hecho importante del desarrollo del humanismo en el mundo moderno: su carácter dualista y antitético. Hasta este momento hemos intentado mostrar que fue la idea central de Platón, la del *poder por medio de la razón*, tal y como se pensaba que se manifestaba en ciertos individuos dotados de manera natural, la que llegó a dominar las aspiraciones del humanismo de Occidente hacia la cultura y la civilización. Mientras en la visión de Homero la razón parecía estar inicialmente ausente, y en los ideales del Monasticismo parecía como si se encontrara sublimada o suprimida, sin embargo, en ambos, los hombres fueron inspirados por la concepción de una cultura formada por una elite especialmente privilegiada cuya fuerza de propósito y de voluntad, siendo ésta divinamente infundida, actuaría como el *locus* de todo el poder y el orden reales en el cosmos. Aún así, para el siglo dieciocho se encontraba aún establecida la agenda de Platón - ¡el programa de la *scientia*, la ciencia! - la cual parecía haber triunfado totalmente. Pero precisamente en ese momento, cuando la victoria parecía asegurada, una nueva fuerza cultural llegó a la escena, una que a veces parecía brindar sus elogios, mientras que otras veces parecía actuar como un solvente destructivo para el cientificismo humanista de Occidente, a decir, la cultura de protesta del Romanticismo.

No ha sido asunto fácil decidir exactamente cuándo y dónde esta cosa llamada

Romanticismo apareció primero. Algunos afirman que comenzó en Alemania, otros en Inglaterra, especialmente entre los poetas de la última parte del siglo dieciocho. Sin embargo, una tercera opinión no ha vacilado en afirmar que un hombre, en particular, ha sido no solamente el primero sino, quizás, el más importante de todos los Romanticistas, Jean-Jacques Rousseau.<sup>2</sup>

Hallamos muy difícil estar en desacuerdo con ésta última opinión. No es que el Romanticismo fallara en mostrar tendencias particulares entre otros, pues ciertamente las mostró; quisiéramos meramente señalar que fue Rousseau quien primero dio expresión a la moderna *fe* Romántica. Sin embargo, él no hizo esto, como usualmente se piensa, en su novela de 1761, *Heloise*, sino en 1750 en *El Primer Discurso sobre la Inequidad* por el cual el joven Rousseau ganó un primer lugar en una prominente competencia de ensayos. A este respecto, podemos enfatizar una característica general ilustrativa del movimiento en Rousseau, es decir, que el “romanticismo comenzó... como una protesta de la juventud en contra de los estándares de sus mayores... una revuelta contra el clasicismo, que parecía... sofocar todo lo que era creativo y espontáneo en la expresión artística...”<sup>3</sup> Una

---

2. “Jean- Jacques Rousseau es el primero de los Romanticistas... con la publicación en 1761 de *La nouvelle Heloise*, la novela romántica original.” Maurice Cranston, *El Movimiento Romántico*, (Oxford: Blackwell Publishers, 1994), p. 1.

característica principal del Romanticismo, una que será una cualidad distintiva hasta el presente, puede encontrarse en su carácter de una “protesta de la juventud,” una “revuelta” de los jóvenes contra todo lo que era antes considerado como los principios de la verdad, la bondad y el orden cultural.

Rousseau (1712 – 1778) tipifica no simplemente una revuelta de los jóvenes en contra de los mayores inmediatos de uno. Mucho más importante, él está a favor de un alejamiento radical de la fe que el humanismo había buscado descubrir, desde los Griegos hasta nuestros días, como el *principio maestro* de la *razón* que capacitaría a la mente del hombre para adquirir el control de la realidad, haciendo posible para él el convertirse en la fuente de todo orden en el mundo y el único determinante de su civilización. Esta fe, como señalamos en el último capítulo, había alcanzado un progreso significativo con la Revolución Científica y llegó a su máxima expresión en el siglo dieciocho como la *Ilustración*. Sin embargo, lejos de haber llegado a la meta, la Ilustración para muchos más bien señaló simplemente el comienzo. Pues, supuestamente, la nueva ciencia de la mecánica, junto con las matemáticas en las cuales se basaba, estaba apenas comenzando a emerger de la oscuridad de la ignorancia y de la superstición religiosa. Claro, ya se había hecho un gran progreso,

pero se esperaba aún más en el futuro hasta que llevara a la humanidad hacia la meta de la perfección. Y la ciencia sería el único instrumento capaz de guiarles en esa dirección. La felicidad del hombre se incrementaría en proporción a su incremento de conocimiento y control sobre las fuerzas de la naturaleza. Fue sobre esta fe de la Ilustración en el progreso por medio de la ciencia que Rousseau echó primero una enorme sombra de duda.

Para Rousseau, y para otros que seguirían en su senda, toda la empresa centrada en la razón, en tanto que alcanzaba su punto más bajo en la suprema confianza del hombre en la ciencia y en la cultura que había producido por medio de ella, no era nada más que un colosal ridículo, en el mejor de los casos, y un desdeñable engaño, en el peor de ellos. La moderna cultura científica, lejos de haber levantado al hombre a alturas mayores, le había de hecho degradado y pervertido. Pues, dice Rousseau, en su *Primer Discurso*, “nuestras almas han sido corrompidas en proporción al avance de nuestras ciencias y artes hacia la perfección.”<sup>4</sup> En otras palabras, el crecimiento de la civilización, en particular el crecimiento de conocimiento, no había dirigido al hombre hacia el mejoramiento, sino hacia su degradación. Lo que implicaban las palabras de Rousseau no era que las primeras culturas, fuesen la medieval

---

3. Gordon A. Craig, *Los Germanos*, (New York, A Meridian Book, 1991), p. 191.

---

4. Jean- Jacques Rousseau, *Los Discursos Primero y Segundo*, ed. Roger D. Masters, (New York: St. Marten's Press, 1964), p. 39.

o la antigua, tuviesen alguna ventaja sobre la era moderna en este aspecto. Más bien, lo que quería decir era que el estado primitivo y anterior a la civilización de la humanidad, en el cual el hombre había existido en algún remoto pasado mucho antes de embarcarse en la búsqueda de descubrimiento y aprendizaje, era mucho mejor y ciertamente una más feliz que cuando el hombre comenzó primero a adquirir los rudimentos del conocimiento y la civilización. De esta forma Rousseau introdujo lo que se transformaría en verdad permanente para los idealistas Románticos, a decir, la superioridad del hombre en el estado de una naturaleza ilimitada, el hombre sin la artificialidad de la cultura y la sociedad que han servido solamente para arruinarle y vulgarizarle con convencionalismos inventados y con costumbres sociales impuestas desde afuera. “Uno no puede reflexionar en los aspectos morales,” se lamenta Rousseau, “sin deleitarse en el recuerdo de la simplicidad de los primeros tiempos. Es una adorable orilla de playa, adornada solamente por las manos de la naturaleza, hacia la cual uno incesantemente vuelve sus ojos y de la cual uno siente, con mucho pesar, que se está alejando constantemente.”<sup>5</sup> Era, en su perspectiva, una tierra de virtud e inocencia, un tiempo cuando los hombres estaban habituados a vivir juntos en armonía y paz, sin ser afectados por el tumulto de deseos febriles y las ambiciones insaciables que se han vuelto la fortuna de

los hombres en el mundo moderno. Lo que Rousseau encendió con esta revisión de valores entre aquellos que siguieron después en la era Romántica fue un deseo por desechar la cultura de Occidente y buscar una nueva libertad en un mundo nuevo y misterioso de naturaleza primitiva. La sublevación, no el progreso hacia el futuro, sería lo que llegaría a inmiscuirse en la agenda del hombre Occidental.

Nada captura mejor el espíritu del Romanticismo como el anhelo de los hombres de ser *libres*. Aquí no queremos decir *libre* en algún sentido político limitado o, quizás, meramente académico, sino más bien una total libertad. En el lado negativo, significaba una libertad de todas las convenciones y acuerdos sociales y morales, todas las tradiciones y todos los dogmas religiosos establecidos o aceptados o del intelecto en general, todas las relaciones que aprisionan o de cualquier clase que no condujeran a la felicidad personal individual auto-decida. Sin embargo, la idea Romántica de libertad, lejos de ser exclusivamente negativa, al mismo tiempo, implicaba un deseo positivo de ser libre y de rehacer todas las cosas según una visión que emanara de las profundidades internas del alma del hombre. Se pensaba que cualquier cosa externa a la voluntad o deseo del hombre podría solamente impedir el vivo deseo del alma por alcanzar la auto-autenticidad. Solo cuando el hombre es completamente autónomo puede entonces encontrar y recobrar su verdadero ser interior

---

5. *Primer Discurso*, pp. 53, 54.

y en el mismo acto alcanzar un mundo de felicidad a favor propio. Este legado de Rousseau se ha vuelto una característica principal del Romanticismo y permanece como un artículo prominente de fe entre muchos, sino es que en la mayoría, de los humanistas culturales del tiempo presente.

Este vivo deseo de libertad fue sentido en la cultura Occidental mucho antes del período Romántico. Como veremos, el Romanticismo, en muchos aspectos, simplemente agitó las brasas de un ideal que había estado latente, desde hacía mucho, y que a menudo había irrumpido en llamaradas, pero que parecía haberse casi extinguido para el tiempo de la Ilustración. En la cultura Occidental fue primera el Cristianismo el que avivó la llama de la libertad, pues este representaba la posibilidad de una libertad radical del *pecado*, el cual era visto como el agente primario en la esclavización de los hombres y las naciones. Sin embargo, en el desarrollo posterior de su idea, el mensaje Cristiano fue a menudo influenciado por las ideas antiguas paganas y neo-paganas de libertad que planteaban el escape de la condición de criatura y de la materialidad finita. Como resultado, el componente Cristiano en esta mezcla fue casi enteramente borrado. Mientras tanto, debiésemos entender que el Romanticismo, en su visión de la libertad del hombre, tuvo raíces profundas en este período temprano del mundo del pensamiento. No obstante, apareció en una vestimenta mucho más humanista y más positivamente ofreciendo una agenda

de su propia invención y no simplemente proponiendo una doctrina del escape. La libertad para los romanticistas era un clamor por un nuevo orden del mundo y era visto como el *poder* de la voluntad para producirlo.

Una agenda o programa que está construida basada en una noción tan radical de libertad de todos los órdenes dados es difícil de definir. El mismo concepto de una agenda implica en sí mismo un orden. Los románticos tenían la intención de construir un orden de su propia invención mientras al mismo tiempo rechazaban todos los así llamados órdenes como una negación de la libertad. Impertérritos, se gozaron en esta misteriosa contradicción y se apegaron resueltamente a la creencia de que la libertad era su propio orden, aunque no un orden dado, sino más bien un logro permanentemente en proceso. La libertad no puede nunca ser un estado dado o definitivo, uno vive constantemente en el intento por alcanzarlo. Sin un orden final que caracterice la libertad es posible solamente hablar de ello como un acto, como algo hacia por lo cual debiésemos invariablemente afanarnos. Al final la libertad no puede significar nada positivo, es meramente negativa. La libertad debe encontrarse en una rebelión perpetua contra todo orden previo. La revolución permanente se vuelve en el único programa que el Romanticismo puede respaldar a pesar de que diga creer en cualquier otra cosa.

Este pensamiento es expresado de la mejor manera por el anarquista Ruso no tan conocido del siglo diecinueve, Michael Bakunin, quien declaró con bombos y platillos: “Confiemos en el espíritu eterno que destruye y aniquila solo porque es insondable y la fuente eternamente creativa de toda la vida. La gozosa pasión de la destrucción es una pasión creativa.”<sup>6</sup> Es lo mismo que decir que la vida es posible a través de la muerte, un precepto sin duda también prestado del Cristianismo pero con un mensaje totalmente diferente al de aquel. Pues la muerte significaba para los Romanticistas no la muerte del ser, de sus pasiones y malos deseos, sino la muerte de todo aquello que se interpusiera en el camino de la auto-realización personal total. En consecuencia, mientras el Romanticismo es a menudo descrito como una rebelión contra el racionalismo, en otro sentido es la culminación del racionalismo en que deriva de la misma urgencia de manejar y controlar la realidad, y completar la búsqueda de la *Gnosis* como una comprensión superior de la totalidad de la existencia con el propósito de crear un paraíso para el hombre. Solamente que la Gnosis buscada no había tanto de encontrarse en el intelecto en tanto este reflexiona en una realidad objetiva como en la voluntad y en las profundas conmociones del corazón del cual brotaría la única realidad que sería admisible.

---

6. Esta cita es tomada de Eric Voegelin, *De la Ilustración a la Revolución*, ed. John H. Hallowell, (Durham, Duke University Press, 1975), p. 198.

Desde una perspectiva histórica se ha dicho que el Romanticismo contrasta con la visión clásica. El clasicismo, como se ha señalado, es el término más frecuentemente usado para describir la cultura de la Ilustración. Esta última representaba una visión de la cultura que se conformaba con estándares invariables como fueron propuestos primeramente en los logros artísticos de la herencia clásica de Grecia y Roma pero que habían sido transformados por la obsesión de la Ilustración con la exactitud geométrica. Enfatizaba un supuesto orden objetivo, fuese este divino o racional, y todos los hombres tenían la responsabilidad de estudiarlo, someterse a él y obedecerlo. En el clasicismo el conocimiento de la verdad era buscado en forma universal e idealizada. Lovejoy ha captado la característica esencial de esta perspectiva:

Pues en casi todos los departamentos del pensamiento en la Ilustración la concepción gobernante era que la Razón... es la misma en todos los hombres, igualmente poseída por todos; que esta razón común debía ser la guía de la vida; y por lo tanto que la comprensibilidad universal e igual, la aceptabilidad universal, y aún la familiaridad universal, para todos los miembros normales de la especie humana, sin consideración de diferencias de tiempo, lugar, raza y tendencias individuales y dotes particulares, constituye el criterio decisivo

de validez o de mérito en todos los asuntos de interés humano vital...<sup>7</sup>

“La Ilustración fue, en pocas palabras, una era dedicada, por lo menos en su tendencia dominante, a la simplificación y a la estandarización del pensamiento y la vida...”<sup>8</sup> Como consecuencia natural del avance de la ciencia moderna en este período se hizo un vigoroso esfuerzo por transformar todo el conocimiento en formas cuantitativas. Se creía que, al hacerlo así, el pensamiento sería liberado de todas las distorsiones subjetivas, es decir, de todas las cualidades intencionales, éticas, estéticas, emocionales e imaginativas, de la experiencia humana. Esto era considerado como necesario si es que el hombre iba a alcanzar la meta del conocimiento perfecto y certero. Pero el resultado fue que “una cierta nobleza espiritual pareció haberse alejado de él [del conocimiento del hombre]” y el hombre sintió un profundo empobrecimiento del alma. Para los Romantistas, “el nuevo universo era una máquina, un mecanismo auto-contenido de fuerza y materia, carente de metas o propósito, falto de inteligencia o de conciencia, siendo su carácter fundamentalmente ajeno al del hombre.”<sup>9</sup>

Contra esta cosmovisión de la Ilustración externamente rígida y mecánica, por no decir universal y objetivamente estandarizada, junto con la cultura clásica producida por ella, fue que el movimiento Romántico se sublevó apasionadamente. Todo aquello que había sido apoyado por la Ilustración en su deificación del intelecto, sus prejuicios utilitaristas, y su fe en la eficiencia tecnológica, lo mismo que su creencia optimista en el progreso, tenía que ser rechazado. En lugar de su énfasis sobre la idea de una verdad universal y de la primacía del intelecto como la meta más alta del empeño humano, el Romanticismo lo substituyó con las *emociones*, insistiendo en la prioridad de la experiencia sobre el pensamiento. La realidad no era algo que había de ser descubierto en la razón sino que había de ser evocada “a través del sentimiento, el sentir, la imaginación, el instinto, la pasión, el sueño y el recuerdo.”<sup>10</sup> Lo que es más, surge en la conciencia del hombre en una manera puramente espontánea y no prescrita, y no es el resultado de la reflexión abstracta basada en algún orden predeterminado de pensamiento. En lo relacionado con la naturaleza, aunque la ciencia la miraba meramente como un objeto para ser estudiado, sobre el cual experimentar, además de explicado y tecnológicamente controlado, los Romantistas la miraban como una fuerza vivificante, llena de misterio y de significado espiritual, para ser abordada con admiración extática.

---

7. Lovejoy, *La Gran Cadena del Ser*, p. 289.

8. Lovejoy, *La Gran Cadena del Ser*, p. 292.

9. Richard Tarnas, *La Pasión de la Mente Occidental*, pp. 326, 327.

---

10. J. L. Talmon, *Romanticismo y Rebelión: Europa 1815 – 1848*, (New York: W. W. Norton & Company, Inc., 1979), p. 139.

Esta visión romántica de la naturaleza es el otro lado de la moneda de su visión de la libertad. No contentos con oponerse al *espíritu geométrico*, junto con el *empiricismo*, de la ciencia de la Ilustración, los Romanticistas miraron la naturaleza como algo más que un mero mecanismo: era vida, poder y misterio. La analogía de la máquina fue reemplazada por la del organismo biológico. “En contraste con el espíritu de la Ilustración,” señala Tarnas, “la visión Romántica percibía el mundo como un organismo unitario en lugar de una máquina compuesta de muchos elementos, exaltaba la inefabilidad de la inspiración en lugar de la iluminación de la razón, y afirmó el inagotable drama de la vida humana en lugar de la calma previsibilidad de las abstracciones estáticas.”<sup>11</sup> Los Romanticistas tenían la tendencia a describir a la “naturaleza como *naturans*, es decir, animada por un principio viviente, como puesta a *natura naturata*, es decir, un producto terminado y muerto.”<sup>12</sup> La naturaleza, en esta perspectiva, era combinada con *Dios*, o al menos con el *Espíritu*, y era vista como una fuerza de vida, una fuente de creatividad en y a través del hombre. La naturaleza no tanto *existe*, sino que *está volviéndose*, evolucionando hacia nuevas y más altas formas. Esta tesis evolucionista iba a tener fuertes repercusiones en el siglo diecinueve cuando, a través de la influencia de Lamarck,

Lyell y especialmente Darwin, penetraría hasta la médula del mismo pensamiento científico.

La así llamada “búsqueda de lo natural” en la ideología Romántica fue la búsqueda no por la certeza o ley sino por cualquier cosa que provocara admiración y sentimiento. Contemplaban la naturaleza no como una habitación a partir de la cual el hombre obtiene invenciones, productos fabricados y artificiales para incrementar su comodidad y felicidad, sino como una totalidad trascendente en la que todas las formas de las experiencias se ofrecen a sí mismas para la búsqueda de la autenticidad y la libertad. Se le imploraba a la naturaleza no su orden y normalidad sino sus características poco comunes, sus fenómenos toscos, no cultivados e inescrutables que son, para los Románticos, las fuentes de significado y vida. A menos que se entienda esto no podemos comprender correctamente, por ejemplo, lo que yace en la raíz del moderno movimiento ambientalista y su llamado de “regresar a lo natural.” El hombre, en la creencia Romántica, no puede alcanzar la libertad ni la verdadera humanidad, a menos que reemplace todos los métodos de acercamiento a la naturaleza científicos y racionalistas con una visión de ella como de un manantial de regeneración espiritual.

---

11. Tarnas, *La Pasión de la Mente Occidental*, p. 367.

12. Baumer, *El Pensamiento Europeo Moderno*, p. 281.

La oposición del Romanticismo a la adoración de la ciencia y la razón por parte de la Ilustración se entiende fácilmente. El reducir la realidad a datos cuantitativos de



movimientos puramente mecánicos en el tiempo y el espacio según una ley natural inviolable equivalió a la pérdida de una compleja y variada experiencia humana. Se dijo que el hombre había abandonado un sentido de integración con su mundo, con la vida en general la cual parecía marchitarse ante la vasta máquina impersonal del universo. El propósito del hombre, aunque fue alabado por la Ilustración como el gran pensador de los pensamientos del cosmos, se había convertido en una mera pieza de la maquinaria. La promesa del Renacimiento había sido obtener un status divino para el hombre; la Ilustración había mostrado que el nuevo orden matemáticamente prescrito de la realidad, al final, dejó aquella esperanza nula y vacía. Viendo el dilema en el cual estaban las cosas, el movimiento Romántico buscó recobrar la divinidad para el hombre en una dirección completamente diferente, una que, en la mayor parte, no se encontraría en el intelecto sino en las profundidades de las emociones y los sentidos. Lamentando profundamente la formalización y el establecimiento del objetivismo en la vida, lo cual se alegaba había ocurrido bajo la influencia de la ciencia moderna, llamaron, en su lugar, a una nueva libertad contra todo orden y propósito que no surgiera enteramente de la experiencia y la voluntad del hombre. La suya se volvió la voz de la contra cultura con su vehemente rebelión de toda cultura y civilización que buscara en cualquier forma delimitar las acciones del hombre o imponer un orden externo sobre su psique y su morali-

dad. No debiese sorprendernos si “la rebelión contra la estandarización de la vida se convierte fácilmente en una rebelión contra la concepción total de los estándares.”<sup>13</sup> Y en Occidente, no debiésemos vacilar en mencionar, el más imponente de todos los estándares ha sido el del Cristianismo. Tras la aparente rebelión contra el *cientificismo* el movimiento Romántico era una reacción contra la herencia Cristiana con su creencia en el hombre como la criatura de Dios viviendo en el mundo de Dios sujeto a Su orden, y también en el pecado del hombre y el requerimiento de Dios de una salvación a través de la sumisión de la voluntad del hombre a la de Dios. Los Románticos no aceptarían ningún orden excepto el suyo y no se someterían a nadie sino a sí mismos. Sin embargo, con el propósito de salvaguardar este objetivo, los Románticos necesitaban hacer de la experiencia *per se* un dios.

### 2> Los Proto-Románticos

Aunque el Romanticismo es a menudo tratado como un movimiento en el período moderno que fue antagonista al esquema de pensamiento de la Ilustración, de hecho, mucho de lo que es representativo en su carácter tuvo antecedentes en el pasado, especialmente en el pasado medieval. En este sentido el Romanticismo tuvo una afinidad con ciertas características del

---

13. Lovejoy, *La Gran Cadena del Ser*, p. 312.

Cristianismo aunque rechazó el contenido esencial del mismo. Sin embargo, lo que los Románticos hallaban atractivo en el pasado medieval Cristiano se derivaba principalmente de lo que era en gran parte una corrupción de la vida y de la fe Cristiana, es decir, su ascetismo y misticismo, rasgos que no constituyen los principios medulares de la enseñanza Bíblica sino que fueron tomados en préstamo de fuentes paganas. Sin embargo, debido a que habían paralelos significativos entre los Románticos y los ascetas medievales, y debido a que los Románticos eran plenamente conscientes de su deseo de revivir los valores de aquella perspectiva mística temprana, valdría la pena echar una mirada hacia atrás y ver exactamente lo que incluía aquel legado lo mismo que el efecto que tendría en el pensamiento Romántico moderno.

El misticismo *Cristiano* Occidental era un producto del mundo monástico y su búsqueda de liberación *espiritual*. Como ya mencionamos fue afectado muy temprano por las incursiones del pensamiento dualista Gnóstico en el cual se colocaba un fuerte énfasis sobre la antítesis entre materia y espíritu, cuerpo y alma. La doctrina Cristiana de la salvación del pecado fue rápidamente transformada por muchos en la creencia de que esto significaba una liberación de toda materialidad y de la existencia terrenal. Para alcanzar esta meta se imponía sobre sus adherentes un duro régimen de abstención de todos los intereses del cuerpo y de la

sociedad como la esencia de la vida y la conducta Cristiana. Al mismo tiempo, como corolario de esta práctica, sus devotos fueron dirigidos hacia los ámbitos del misticismo. La abstención de este mundo era solamente una parte del programa; la otra parte era experimentar, aunque cargados aquí en la tierra con el tiempo y la materia, una unión mística (*unio mystica*) con los cielos y con Dios, pasando de este modo la experiencia de un anticipo de bendición entusiasta. Con el tiempo, se convirtió en una parte de la doctrina de la iglesia oficial hablar de algo llamado la *visión beatífica*, una especie de vislumbre breve, pero intenso, de un ver perfecto a Dios y de experimentar en Su inmediata y revelada divinidad. Se enseñaba que esto era algo que era solamente posible para ciertos individuos privilegiados quienes habían dedicado sus vidas a un total abandono ascético y a una absorción en el completo conocimiento de Dios. Le podría o no pasar a algún gran santo. Esta visión era una experiencia exclusivamente mística que no podía ser explicada o descrita en esta vida, pero que marcaba al recipiente como uno altamente favorecido por su devoción a ninguna otra cosa sino a su amor y deseo por Dios. Una sobrecogedora experiencia de algo que se hallaba más allá de los confines de lo ordinario y lo mundano dejaba una huella indeleble sobre la cultura Occidental a través del misticismo Cristiano y retornaría nuevamente para inspirar las aspiraciones Románticas, solo que entonces no sería visto tanto

como una visión de Dios sino del ser interior de uno como dios.

Aunque al ascetismo místico había sido parte de la así llamada fe Cristiana por siglos, se volvió especialmente notable en la Alta Edad Media. Y aunque la iglesia le había otorgado un lugar legítimo en su enseñanza oficial, para mediados del siglo doce iba a proliferar no solo al margen del control de la iglesia sino, más precisamente, como un serio movimiento de protesta contra todas las formas de autoridad establecidas, sin importar si era Escritural, Eclesiástica o Filosófica (i.e., Escolasticismo).<sup>14</sup> Todos los tipos de autoridad externa fueron profundamente tomadas a mal además de la oposición que se les hizo. Como resultado, un nuevo misticismo no aprobado por la iglesia comenzó a diseminarse, aunque en su mayoría se encontraba generalmente asociado a alguno de los muchos así llamados movimientos heréticos. Quizás el más formidable de estos fue algo llamado la herejía del Espíritu Libre.

El misticismo del Espíritu Libre, se dice, brotó “de las ansias por *aprehender* a Dios y de tener comunión con Él.”<sup>15</sup> Sus adherentes exhibían una pasión por las experiencias extáticas las cuales, como resultaban de

un encuentro inmediato con lo divino, pronto alentaron la creencia de que no existía ninguna autoridad para ellos fuera de sus propias experiencias. En consecuencia consideraban la iglesia con sus formas y funciones como siendo no meramente un obstáculo sino un enemigo de la verdadera salvación religiosa. No debiese sorprendernos el que su programa fuera el causante de un cierto auto-engaño. Como Cohn ha señalado: “El núcleo de la herejía del Espíritu Libre yace en la actitud del adepto hacia sí mismo: creía que había alcanzado una perfección tan absoluta que ahora era incapaz de pecar.”<sup>16</sup> Tan convencidos estaban, de hecho, de haber alcanzado un estado tal que ya no consideraban más necesario que su conducta debía ser regulada por cualquier norma moral, en lugar de ello eran libres para ir en pos de cualquier actividad con absoluto abandono. En otras palabras, eran libres de hacer cualquier cosa que se hubiese pensado como prohibida. Es más, no actuar con una completa indiferencia o aún desprecio de los requerimientos morales era ser esclavizado por ellos, y por tanto, significaba no ser ni libres ni perfectos. En lugar de sentir la necesidad de refrenar los impulsos de la carne estaban en libertad de permitirse una total sensualidad libre de cuidado que para ellos “poseía por sobre todo un valor simbólico como un signo de emancipación espiritual...”<sup>17</sup> Aquella alma que había sido de esta

14. Andrew Weeks, *Misticismo Alemán: Desde Hildegard de Bingen a Ludwig Wittgenstein*, (Albany: The State University of New York Press, 1993), p. 12.

15. Norman Cohn, *En Busca del Milenio*, (New York: Oxford University Press, 1970), p. 150.

16. Norman Cohn, *La Búsqueda del Milenio*, (New York: Oxford University Press, 1970), p. 150.

17. Cohn, p. 151.

manera absorbida en Dios era libre para actuar como si no se fuera a dar cuenta de sus acciones. Si uno participa en Dios, así razonaban, entonces él también, como Dios, existe por encima de todas las leyes. Como Dios es libre de hacer cualquier cosa que le plazca, también así son aquellos que se han vuelto completamente uno con Él. Nada era asumido por la mentalidad Romántica tan completa y profundamente como esta auto-proclamada liberación de toda limitación moral.

Entre los muchos factores que contribuyeron a esta así llamada “crisis de autoridad” se encontraba una relacionada con la creciente “humanización de la imagen de Dios,” cuyo más grande proponente en este tiempo no fue otro que Bernardo de Clairvaux. Comenzó cuando Bernardo cambió el énfasis del pensamiento Cristiano acerca de Cristo y la redención alejándolo del tema del *Christus Victor*, tan promitente en la temprana Edad Media, a aquel de “el hombre de aflicciones.” No Cristo en su triunfo sobre la muerte y sus enemigos, sino Cristo en su humilde forma humana como el siervo sufriente se tornó en lo más fuertemente enfatizado. Esto se hizo con el propósito de provocar una mayor conciencia y simpatía por el lado humano de la naturaleza de Cristo y de allí despertar una apreciación más entusiasta por la cercana unión entre el hombre y Dios en general. Su efecto fue estrechar la “distancia percibida entre lo divino y lo humano” y generar un deseo por una experiencia más profunda de Dios de lo que el mero intelecto

podía proveer.<sup>18</sup> En consecuencia, se basaba profundamente en las emociones, un hecho de considerable importancia para las masas quienes percibían solo una esterilidad ritual en el culto ordenado de la iglesia oficial. No sorprende que dirigiera a muchos en dirección de los movimientos heréticos que prometían satisfacer sus necesidades en este respecto.

Uno de los resultados importantes de esta humanización de lo divino iba a verse en una rebelión de algunos en contra de la enseñanza Bíblica Augustiniana sobre la distinción entre el Creador y la criatura. Aparentemente llegó a expresarse del deseo por “colocar un puente sobre el abismo entre el mundo eterno en Dios y el mundo creado en el tiempo.”<sup>19</sup> Así, la idea de creación *ex nihilo* llegó a estar bajo severo ataque: implicaba una diferencia demasiado aguda entre Dios y el mundo. Uno deseaba ver la creación como un proceso, no como un producto terminado, el mundo como un desarrollo, con lo temporal y lo eterno representando polos alternativos de una realidad particular e indivisible. Dios y el alma eran otro polo de la realidad que habían de verse como fundiéndose gradualmente la una en la otra.

En la primera parte del siglo catorce esta doctrina del Espíritu Libre se presentó como un intrincado sistema filosófico y teológico. La estructura de su concepción era Neo-

---

18. Andrew Weeks, *Misticismo Alemán*, p. 40.

19. Weeks, p. 30.

platónica, especialmente cuando este último tendía a fomentar una perspectiva panteísta. Ver y experimentar todo como un aspecto de Dios era el rasgo principal. La idea de que todo había emanado de Dios y del deseo de reunirse con (ser re-absorbido en) Dios era enfatizada particularmente. El deseo de escapar de la condición de criatura había sido por largo tiempo una ambición del hombre, como ya lo hemos mencionado. Se sostenía que la verdadera vida y el poder yacían en volverse divino y habitar el ámbito de la eternidad. Sin embargo, los fanáticos del Espíritu Libre no adjudicaban tal reconocimiento de divinidad a ninguno excepto a los suyos propios. Es más, no era una experiencia de una sola ocasión, tal y como se enseñaba en la doctrina oficial de la iglesia de la *unio mystica*, sino una condición permanente y duradera.

El más destacado proselitista de esta forma de pensar fue Meister Eckhart (c. 1260 – 1329) quien, después de Abelardo, fue quizás la mente más grande en ser condenado como hereje en la Edad Media. Eckhart, en 1302, quien se encontraba a inicios de sus cuarenta años, había alcanzado lo que se consideraba el pináculo del éxito por aquellos de los círculos académicos medievales: había sido designado profesor de teología en la más prestigiosa universidad de la época, la Universidad de París. Como Tomás de Aquino antes de él, él también pertenecía a la Orden de Predicadores, los Dominicos, y era famoso en su día como un excepcional pre-

dicador de sermones. En realidad fue por su prolífica predicación más que por sus conferencias académicas que llegó a ser notado por las autoridades eclesiásticas. Pronto denunciarían sus ideas como no ortodoxas, y con buena razón.

No es asunto fácil entender el pensamiento de Eckhart, pues aunque usaba el lenguaje de la ortodoxia, sin embargo importaba un contenido extraño fuertemente influenciado por ideas filosóficas Griegas. Una cosa parece clara: era un hombre que poseía una desconfianza profundamente asentada de lo que podríamos llamar el sentido literal de la Escritura. En lo que a él concernía su lenguaje era solamente una puerta de entrada a significados más profundos y ocultos. Siendo así influenciado por concepciones especialmente Neoplatónicas, con mucha disposición introducía el significado de estas ideas en el texto de la Escritura.

El pensamiento Escolástico había asumido la perspectiva de que el hombre y Dios participaban juntos en un Ser común y que por tanto cada uno poseía su propia porción estática de una realidad común. De acuerdo a su programa, todo se orientaba a la comprensión intelectual de la realidad. En la mente Escolástica el Ser venía antes que el conocer y esta última actividad debía conformarse a lo primero. El tema de la verdad, en esta perspectiva, se hizo depender de la conexión lógica correcta, pues el orden del Ser predisponía el orden del conocer. Al final, todo lo

que se pensaba que era conocible se tornó más y más abstracto y estático. Conocer a Dios de tal manera, sentía Eckhart, dejaba las sacudidas del corazón del hombre carentes de cualquier comunión más profunda con Dios. Eckhart interpuso una protesta contra este programa de aprendizaje, como los Románticos harían más tarde contra la Ilustración que había reducido todo a sus proporciones matemáticas.

Por vía de contraste Eckhart revirtió la relación entre el Ser y el conocer, especialmente en lo que concernía al ser de Dios. De esta forma lo que Dios *conoce* es lo mismo de lo que Él *es*. ¡Y lo que Él conoce es el mundo! Así pues, Dios no es externo al mundo, sino que al conocerlo, lo crea y el mundo, a su vez, se vuelve una expresión de Sí mismo. Debido a que el conocer es un acto externo, así también, el crear es un acto externo, no un evento de una sola ocasión. De esta forma, así pensaba Eckhart, Dios se convierte en la idea de todas las cosas, su esencia interna.<sup>20</sup> Los dos polos de la realidad – Dios y el mundo – están más íntimamente fundidos y se conforman a un esquema dinámico más bien que a una relación estática de asociación lógica estricta.

Por otro lado, Eckhart hablaba de las criaturas, el hombre en particular, como existiendo “en tensión entre la nada y la divinidad

infinita.”<sup>21</sup> En algún punto entre estos polos se encuentra la *esclavitud* (afinidad con la nada) y la *libertad* (afinidad con la divinidad). El hombre, que se encuentra en el medio, vive con la completa posibilidad de moverse ya sea en una dirección u otra. Es el propósito supremo de Eckhart urgir a los hombres a buscar la libertad por medio del alcance de la igualdad con la divinidad. Además, él cree que todos los hombres tienen el poder para hacer esto.<sup>22</sup> Esto es posible por lo que él describe como el “nacimiento del Hijo” en el alma, un acto de auto-realización en el orden de la encarnación que para Eckhart era un símbolo de lo que puede realizarse en todos los buscadores que van en pos de lo divino. Lo que es más, esta operación ocurre, no como una acción de la voluntad de Dios, sino por causa “de la actividad que brota necesariamente del infinito dinamismo y perfección de Dios” del cual el hombre es un participante activo.<sup>23</sup> Por un lado, es una acción por la cual Dios se vuelve necesariamente hombre y, por otro lado, por el cual el hombre necesariamente se vuelve Dios. Dios y el alma se entremezclan juntas en un abrazo místico, capacitando así al hombre a elevarse de la *nada* al *ser* el cual es Dios. El así llamado mensaje Cristiano se transforma en uno de transformación metafísica, no de renovación ética, una misteriosa victoria sobre la condición de criatura. Los Romanticistas fueron grandemente impresionados con este tipo de

---

20. Frank Tobin, *Meister Eckhart: Pensamiento y Lenguaje*, (Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 1986), p. 57.

---

21. Tobin, p. 64.

22. Tobin, *Meister Eckhart*, p. 94.

23. Tobin, p. 101.

pensamiento, aunque sin las connotaciones *Cristianas* medievales.

De aún mayor influencia en el pensamiento Romántico fue Jacobo Boehme (1575 – 1624), un hombre que se convirtió en la voz de un Cristianismo radical pietista en el período tardío de la Reforma. No se sabe mucho de la primera parte de la vida de Boehme. Sabemos que creció en un área de Alemania llamada Salesia, un territorio imbuido de activismo Anabaptista y de la secta del Espíritu Libre. El fuerte énfasis que se colocaba sobre la necesidad de una experiencia espiritual transformadora total por parte de esta secta dejó a profunda impresión en la multitud de campesinos y tenderos de la región entre quienes Boehme iba a elevarse hasta la prominencia. En 1600, Boehme alega haber tenido una visitación divina que le obligó a dejar su trabajo (zapatero remendón) y salir a contemplar la naturaleza y a partir de allí descubrir sus indicaciones divinas (*signaturas*). Boehme afirmó que su *renacimiento* espiritual le había dado una iluminación de los secretos de la naturaleza que no se encontraban accesibles a los científicos o que fuesen sujeto de descubrimiento por algún medio racional conocido.

Un rasgo peculiar del pensamiento de Boehme era su creencia de que el cosmos entero no expresa sino un proceso divino en acción. No existe distinción entre la creación y la redención. Ellas son una sola cosa y constituyen una operación siempre en proceso. Es más, el proceso-mundo representa un desar-

rollo gradual de lo divino que se encuentra en el interior de él. Esta actividad de Dios en *crear/salvar* al mundo es una acción de auto-reconocimiento y de auto-realización por parte de Sí mismo. Lo eterno es visto en lo temporal como luz en la oscuridad. Sin embargo, no puede ser visto por cualquiera sino por el verdadero creyente que ha experimentado el milagro del *renacimiento*. Creer significaba que uno había sido trasladado de un mundo de intereses ordinarios hacia un mundo interno superior de una insondable belleza mística.<sup>24</sup>

Boehme parece haber sido influenciado profundamente por la creencia hermética del Renacimiento que el hombre podía adquirir un conocimiento (*gnosis*) de Dios que conllevaba una aprehensión más profunda de Su necesario camino con el mundo lo que capacitaba así al hombre a enterarse de los secretos del movimiento del tiempo y de la historia, dándole la clave al porqué y a la razón de todas las cosas. Lo que es más, aquel que adquiriera tal conocimiento permanecía en el centro y miraba al mundo no solo con mayor entendimiento sino también con mayor poder para “jugar un rol más activo y deliberado en provocar la perfección divina de todas las cosas.”<sup>25</sup> La visión total de Dios en la concepción de Boehme era lo que este significaba

---

24. Tobin, *Meister Eckhart*, pp. 179, 182.

25. David Walsh, *El Misticismo de la Plenitud del Mundo Interior: Un Estudio de Jacobo Boehme*, (Gainesville: University Press of Florida, 1983), pp. 12, 13.

para la salvación de la humanidad en la historia. La salvación se convierte en una realización radicalmente immanente en la cual el hombre llega al estado final de la perfección en el tiempo. Mientras que Eckhart todavía pensaba en términos de traslación de lo temporal a lo eterno, Boehme pensaba más en términos de lo eterno volviéndose totalmente manifiesto en lo temporal. Aunque ambos ideales eran primordiales para los revisores Románticos de este misticismo medieval *Cristiano*, fue de hecho en el ideal de Boehme de “cumplimiento y plenitud en el mundo interior” que alcanzó mayor prominencia en el pensamiento Romántico, especialmente en su concepción del movimiento de la historia como un proceso de auto-salvación hacia un estado paradisiaco en el tiempo. Podemos mencionar aquí, de paso, su particular influencia en el pensamiento Hegeliano y Marxista en el siglo diecinueve.

Boehme era indudablemente la fuente más importante del misticismo de la naturaleza que se halla en el Romanticismo. Claramente se ve que ellos obtuvieron de él la idea de que la naturaleza es un testigo viviente, un reino de significado que iba mucho más allá de la inteligencia del observador o del científico. Poseía secretos escondidos por debajo de la apariencia externa. El mundo no puede ser verdaderamente conocido aparte de una comprensión intuitiva más profunda (experiencia) de su misterio. Es un enigma demandando una interpretación de sus *signaturas* de parte de aquellos que han entrado en una profunda

simpatía con su enigma obvio. Al mismo tiempo, también tomaron de él una visión secularizada del hombre que lo presenta como poseyendo un conocimiento total del movimiento del tiempo en dirección de un estado de perfección. Sin embargo, el hombre no es solo un espectador, sino que está unido con el Dios/Naturaleza en Su búsqueda de auto-manifestación propia en la realidad inmanente. Siendo un chispazo del espíritu divino (la naturaleza) desenvolviéndose a sí mismo en el tiempo, las consecuencias eran que el hombre alcanzaría un estado de finalidad dentro del marco de la realidad temporal y terrena. “En el corazón de esta concepción de la realidad del mundo interior como el proceso agónico de la auto-revelación de Dios se encuentra una presuposición crucial que se ha tornado igualmente central al ser.”<sup>26</sup> En verdad, el mundo es lo que el hombre hace de él: por su voluntad él lo trae a existencia. El Romanticismo alcanza su conclusión con la “voluntad del poder” de Nietzsche en el que se dice que el hombre vive “más allá del bien y del mal.”

Debiésemos, quizás, mencionar una última figura del pasado medieval quien también ha sido una fuente de inspiración para el idealismo Romántico y pietista: Hildegard de Bingen (1098 – 1179). El hecho de que Hildegard de Bingen fuese mujer no es en sí de poca importancia, y los Románticos

---

26. Walsh, *El Misticismo de la Plenitud del Mundo Interior*, p. 16.



modernos y otros tipos de la contra-cultura en general han visto en ella un símbolo de liberación de las mujeres, una característica peculiar prominente de la liberación en general. Ella alcanzó un estatus destacado en el mundo del hombre y ha continuado sirviendo como un rol modelo para la libertad Románticamente inspirada de las mujeres de la opresión especialmente masculina a lo largo de todos los tiempos modernos.

Hildegard fue profundamente influenciada por la diseminación del pensamiento del Espíritu Libre que promovía la idea de que uno podía tener revelaciones directas de Dios en forma de voces o visiones. Aquellos que hayan experimentado tales comuniones extáticas, como Hildegard alega haber tenido, también afirmaban tener una autoridad venida de Dios que excedía todas las fuentes tradicionales de autoridad, fuesen estas eclesiásticas o laicas. Siendo el de ellos un acceso más inmediato a la verdad divina no dudaban en demandar que las autoridades establecidas se sometieran a sus palabras. Hildegard alcanzó renombre por su intrepidez en mantener correspondencia con poderosos gobernantes, a menudo tratándoles insolentemente o reprochándoles en nombre de una divina autoridad que le había sido concedida directamente de Dios. Esta creencia en la superioridad de los místicos sobre los poderes terrenales largamente reconocidos fue un factor principal en su influencia sobre posteriores escritores y pensadores Románticos. También llegaron a creer que poseían una

perspicacia para encontrar la verdad de todas las cosas que excedía en mucho a las almas ordinarias cuyas vidas estaban moldeadas por los meros intereses mundanos y presentes. Los románticos no estaban contentos con haber tenido experiencias que trascendían las de otros, la suya era una actitud elitista que demandaba que sus conocimientos e interpretaciones fueran las únicas aceptables. Esta perspectiva fue reforzada por otra que místicos como Hildegard también promovían.

Hildegard, como hicieron todos los adeptos del Espíritu Libre, desconfiaba de cualquier forma de mediación entre el alma individual y Dios. En lugar de ello buscó fomentar la idea de que el único contacto entre Dios y el alma era aquel del *amor*, un profundo enlace emocional que no se derivaba de alguna consideración ya fuese vicio o virtud. El amor a Dios no era un amor de los caminos de Dios como el de la Verdad y la Justicia, sino que era exclusivamente una experiencia personal que excluía todo pensamiento de obligación o responsabilidad. Alimentaba la noción de un *alma noble* con devoción personal pura y no calculadora a Aquel que la ha llenado tan absolutamente con cordialidad y tierno afecto. Tal acceso directo a Dios se erguía sin necesidad de algún medio, fuese de la Iglesia o de la Escritura, para instruir o guiar al devoto en tales asuntos. Los así llamados aspectos externos de la fe fueron cada vez más considerados como inútiles, aún peligrosos para una auténtica religión del *corazón*.

Los Románticos, claro, no creían en Dios, pero sí creían en la naturaleza, y buscaban enfatizar la misma aproximación a ella como los primeros místicos habían hecho con respecto a Dios. Uno entra en un profundo amor y comunión con la naturaleza cada vez que uno alcanza un estado de nobleza interior que le permite a uno actuar en el ámbito externo con poca consideración de las formas o reglas. Los Románticos alardeaban con ostentación de las costumbres y esquemas establecidos de la conducta ética y social. En particular se sentían libres para explorar todas las avenidas de estimulación sensual y emocional simplemente porque *experimentar* era el bien más grande del hombre. Y puesto que eran movidos por un *amor* total y desinhibido y no por necesidad o requerimientos impuestos, sus acciones no tenían ningún sentido de pecado o de mal actuar. Como Cohn una vez más comenta: “Lo que distinguía a los adeptos del Espíritu Libre de todos los otros sectarios medievales era, precisamente, su total amoralismo. Para ellos la prueba de salvación era no saber nada sobre la conciencia o el remordimiento.”<sup>27</sup> En una manera similar, y por razones afines, los Románticos creían que habían alcanzado un nivel en el que el pecado estaba abolido y, por tanto, uno era libre de hacer cualquier cosa que le placiera. Para ellos el practicar el *amor libre* era afirmar la emancipación de uno de todas las condiciones de la dependencia moral, lo mismo que de la culpa o del temor al castigo.

### 3> *La Agenda Romántica*

Debido a que es una verdad central del Romanticismo el que el hombre es culturalmente reprimido y debe ser liberado de tan execrable estado, los Románticos por lo tanto tenían la intención de mostrarle cómo podía hacer eso. Ellos no estarían contentos simplemente con describir la situación lamentable del hombre, debían ofrecerle un camino de salvación. El hombre no puede ser verdaderamente él a menos que alcance una total libertad de todas las instituciones y autoridades externas y tradicionales, de todos los dogmas de verdad y conocimiento, de la ética y de la religión. Sin embargo, la meta del Romanticismo no es meramente la de aniquilar toda la cultura en general; en realidad desean diseñar un programa o agenda de su propia invención, uno que de plena satisfacción a la urgencia del hombre por ser libre, y así, presumiblemente, alcanzar un orden completo al cual el hombre estaría dispuesto a someterse como un estándar de vida, pensamiento y conducta. La cultura debe ser reconstruida como una cultura Romántica, el hombre debe ser reconstruido como hombre Romántico.

Será indudablemente una tarea difícil. El auto proclamado ideal de libertad del hombre de todo excepto de su propia voluntad e imaginación no se ajusta fácilmente con una idea de cultura. Pues cultura – cualquier cultura – inevitablemente demanda sacrificio y auto negación por parte de aquellos que

---

27. Cohn, *En Busca del Milenio*, p. 177.

buscan hacerla avanzar si es que ha de alcanzar alguna permanencia y durabilidad. Debe haber un bien mayor por el cual todo individuo esté dispuesto a rendir algo de sí mismo si es que desea verla realizada. La cultura implica una disposición por parte de aquellos que la buscan a prescindir de beneficios inmediatos por aquellos de más largo plazo. La cultura no es algo que uno pueda dar por sentado como si esta tomará forma y crecerá sin un esfuerzo deliberado y bien pensado. El tener y disfrutar los beneficios de la cultura demanda que establezcamos prioridades, nos adhiramos a ellas y promovamos valores mutuamente reconocidos, que entendamos la importancia de las metas compartidas y los medios para alcanzarlas y, finalmente, que estemos dispuestos a ceder la gratificación puramente personal en interés de una mayor estabilidad social y moral – en pocas palabras, buscar el bien de mis vecinos lo mismo que el mío propio. Sin embargo, todos estos requerimientos están completamente en conflicto con las metas de libertad y auto-realización personal tal y como son representadas por la agenda del Romanticismo. ¡El buscar libertad seguramente significa negar cualquier obligación excepto la de la libertad simple! No obstante, el Romanticismo en la edad moderna se ha erguido en la creencia de que libertad *es* cultura, que el alcance de una simplemente significa el cumplimiento de la otra. Se requiere una fe de proporciones no mezquinas para pasar por alto esta contradicción. Y si esto no fuera suficiente, podríamos reflexionar en lo que la historia

moderna ha registrado sobre los muchos intentos de crear un orden cultural a partir de la búsqueda de libertad tal y como es proclamada por el Romanticismo.

La agenda Romántica no es un simple programa; no ofrece un mero método o un conjunto de principios precisamente definidos para instruir a sus discípulos en el curso correcto de acción. Al menos esto fue cierto en sus fases iniciales. Sin embargo, una vez que los Románticos se volvieron políticamente inspirados se les proveería con una fórmula cuidadosamente construida para el éxito: la toma del estado y la transformación violenta y radical de todos los aspectos de la vida en un orden socialista. Esto se haría visible en la historia cuando la sublevación por la opresión cultural se asociara con la necesidad de rebelarse contra toda opresión política percibida. Pero, al comienzo, el Romanticismo siguió una senda más individualista y buscó meramente alejarse de todas las formas de sociedad humana en general externamente impuestas. Comenzaron con la perspectiva de hacer a un lado cualquier otro interés que no fuera el del alma.

En ninguna otra parte la pasión de la Ilustración por la exactitud matemática y la uniformidad estandarizada fue quizás más aparente que en su visión de la sociedad. Un rasgo de su creencia en este aspecto fue su aceptación de la idea Estoica de que la vida debía ser vivida en concordancia con la virtud y no con el placer. Así, “el objetivo de

una buena vida no es el placer sino el control, la conformidad con la ley cósmica, resignación a la voluntad de los dioses, obligación y auto-abnegación que menosprecia las riquezas y se sumerge a sí misma en algún bien cívico mayor.<sup>28</sup> Uno debiera esforzarse por alcanzar una serenidad interna que armonizara con las cosas tal y como ellas son y evitar aquellos impulsos emocionales que buscaran satisfacción en los sentidos pasajeros e inestables. Es el propósito del hombre sabio poseer tranquilidad de cara a todas las tensiones e incomodidades y subordinarse a sí mismo a la ley natural de la naturaleza y la razón. Mira a la obligación más que al auto-interés; acepta la auto-restricción, la auto-disciplina y la calma perfecta en todas las circunstancias. Busca, entonces, el bien cívico por encima de todo bien privado y personal. A este respecto, mira como la motivación apropiada para las acciones y las creencias la promoción de algo llamado *los derechos universales del hombre*. El pensamiento social de la Ilustración estaba centrado en la necesidad de crear condiciones de igualdad política y de transformar a los hombres en ciudadanos responsables. Esto podía lograrse encontrando las formas legales correctas y subordinando todos los deseos egoístas a la regla de la ley abstracta. En el pensamiento social de la Ilustración el hombre vive para la meta de la buena sociedad y no meramente para la buena vida del individuo, pues sin orden

---

28. Howard Mumford Jones, *Revolución y Romanticismo*, (Cambridge: Harvard University Press, 1974), p. 135.

social ningún bien en ningún sentido sería posible.

Sin embargo, los Románticos no estarían satisfechos con este programa. Para ellos significaba la subordinación de los seres humanos reales a una colectividad artificial y externa. Insistía en que el hombre en tanto que individuo suprimiera sus inclinaciones naturales y predilecciones por causa de las abstracciones intelectuales y las estructuras impersonales. En lugar del hombre moldeando su propia vida según las peculiaridades de su propia naturaleza individual, era forzado a someterse a una agenda que era prescrita para él y que permanecía puramente externa a sus búsquedas intrínsecas. En consecuencia, “el individualismo Romántico no se satisfizo con la mera interpretación cívica del hombre.”<sup>29</sup> Por ello, un programa de pura igualdad política no significaba nada más que una sofocante conformidad. El ser simplemente un ciudadano era perder de vista las características especiales, aún excéntricas, de cada personalidad única individual. El liberalismo político produjo meramente a los miembros desconocidos y sin rostro de la sociedad. En cuanto a los Románticos concernía, “era menos importante que un ser humano fuera un ciudadano de que él fuera un alma.”<sup>30</sup> Las cualidades que hacen a un hombre ser hombre y que le dotan con propósito genuino eran simple-

---

29. Jones, *Revolución y Romanticismo*, p. 231.

30. Jones, p. 232.

mente asfixiadas en la multitud. No eran los derechos lo que importaba sino el alcance del auténtico yo. Así pues, un orden social gobernado meramente por la ley estaba por debajo de su desprecio. El verdadero individuo era superior a tales asuntos triviales como las formas y convenciones sociales. Si fuese necesario, debe realizar su potencial a expensas de las legalidades y las costumbres.

De manera que los Románticos inicialmente buscaron la meta de la visión Romántica por fuera del ámbito de lo político. Se volvieron a las artes y a la imaginación artística. Fue allí que los Románticos se inspiraron por algo llamado el *genio creativo*. En este sentido el Romanticismo no estaba comprometido como movimiento con las masas, sino que era un programa para el individuo único que se mostraba apartado de lo ordinario y creaba un mundo basado en una perspectiva reveladora más profunda en las emociones y los sentimientos. Dos áreas fueron especialmente asidas para dar expresión a este ideal: la música y la literatura.

Creyendo como creyeron que el arte y el genio artístico eran las verdaderas fuerzas de motivación de la energía creativa, los Románticos fueron especialmente aptos para ver esto en la música, porque estimula tan profusamente las dimensiones no intelectuales de las emociones físicas, la fuente más pura de la liberación del alma. Como Talmon comentó: “El incomparable poder de sugestión que la música poseía, su habilidad para

operar directamente en la mente sin la mediación de las palabras, y aún de transmitir un rango infinito de impresiones, sentimientos y pensamientos, la hicieron el arte ideal del Romanticismo.”<sup>31</sup> La preferencia de los Románticos por la música fue en mucho el producto de su creencia de que la realidad se encuentra envuelta en el misterio y que el significado yace bajo el umbral de los procesos intelectuales conscientes. La música transmitía la impresión de que no se podía reflexionar adecuadamente en las profundidades de la experiencia, mucho menos ser articulada o analizada objetivamente. La música agitaba la vitalidad propia del alma sin necesidad de considerar si se conformaba o no a algún orden externo. El propósito era despertar en el alma – el ser interior – sus propias pasiones y fuerzas internas cuya legitimidad no dependía de si eran o no sentidas o expresadas según alguna verdad objetiva y necesaria. Era suficiente el que la música produjera el estímulo necesario para el alma para proyectarse a sí misma y crear una realidad en conformidad con su propia experiencia.

La música ha sido siempre una herramienta en la formación de la cultura. En el mundo antiguo la música estaba conectada a la vida de la comunidad cuyas realidades eran moldeadas por leyendas de grandes ancestros quienes realizaron hechos de

---

31. Talmon, *Romanticismo y Rebelión*, p. 147.

logros heroicos y por los dioses con quienes los hombres habían de compararse en su deseo de vivir la mejor vida posible. En el tiempo de Homero, el poeta que relataba estas historias era al mismo tiempo un bardo que transmitía su mensaje con música. La música le da al relator de historia un medio poderoso para despertar en su audiencia un sentido emocional de vinculación a los mitos que se alegaba debían inspirar sus propias acciones e intereses. También, en la Edad Media, el mensaje Cristiano de retiro del mundo fue reforzado por medio de la música que lo dirigía a uno a las interioridades del alma donde uno podía más fácilmente enfocar su atención en el ámbito *espiritual* con sus misterios respectivos. El mundo monástico estaba lleno con la música de los cantos que solemnizaban la devoción del alma de formas más profundas que las palabras solas apenas podían expresar. La música ha sido usada por largo tiempo como un incentivo a los ideales por los cuales los hombres han buscado vivir y por el mundo que han anhelado realizar. En este sentido el Romanticismo no fue una excepción.

El propósito de la música era encender las energías del espíritu, transportar al alma del tedio de lo ordinario a las alturas del prodigio y la imaginación, despertar en la conciencia las fuerzas oscuras y escondidas del núcleo inconsciente del ser de uno en donde yacen los poderes creativos del hombre. La música era un medio para excitar lo mismo que el producto mismo del genio

artístico. En el mundo Romántico el artista era un hombre por encima de los hombres, un verdadero tipo de mesías. Los Románticos miraban en el artista la luz del mundo, la sal de la tierra, la imagen de la divinidad, el revelador de los secretos de Dios, el intérprete de la naturaleza, profeta, sacerdote y rey. Todos los símbolos del pasado religioso, tal y como son re-elaborados en la mente Romántica, se unen en el alma del genio artístico. El genio no puede ser producido por la cultura o la civilización, no es ni enseñado ni aprendido, sustituye a todos los métodos conocidos de realización. “El genio se enciende, el genio crea, el genio no procura nada, porque el genio *es*. Es algo que no es manejable. Su carácter es revelación, no razón... el genio es sobrenatural, súper arte, súper aprendizaje, súper talento.”<sup>32</sup> Como sus antepasados del Espíritu Libre los Románticos colocaron el genio por encima de todas las convenciones y autoridades: él comulgaba directamente con Dios, o, en el caso de los Románticos, con la naturaleza. El genio no es medido por alguna verdad externa, sino que es verdad en sí mismo.

Los Románticos exaltaron el poder de la imaginación como en la música así también en la literatura. En sus mentes la realidad no era uniforme ni estática, sino viva y pasando por transformación perpetua. Hablar como si uno pudiera conocer con certeza la

---

32. Jones, *Revolución y Romanticismo*, p. 284.

verdad de todo lo que pertenecía al mundo real en el cual el hombre vivía era pura fantasía. No hay un significado o verdad para ser descubiertos, sino solamente variedad interminable, con cada nuevo momento revelando algo totalmente único. La meta del hombre no debiese ser asir algún tipo de conocimiento final y permanente sobre una realidad dada, sino ir en pos de lo poco usual en la experiencia. La relación del hombre con su mundo no debiese ser una de entendimiento, sino de encontrar el vasto rango de las cosas hasta ahora poco conocidas de los sentidos y los sentimientos. Tarnas ha clarificado el asunto así:

Explorar los misterios de la interioridad, de los humores y motivos, el amor y el deseo, el temor y la angustia, los internos conflictos y las contradicciones, memorias y sueños, experimentar los estados extremos e incommunicables de la conciencia, ser interiormente asido en éxtasis epifánico, medir las profundidades del alma humana, traer lo inconsciente a lo conciente, conocer el infinito – tales eran los imperativos de la introspección Romántica.<sup>33</sup>

En resumen, no es el mundo de afuera el de interés principal para el temperamento Romántico, sino el mundo interior.

Solo allí se pueden encontrar los materiales para hacer un mundo favorable para la habitación humana.

Cuando el Romántico se volvía hacia este mundo interior lo que miraba era un estado de indeterminación radical. Todo se encontraba en flujo. Sin embargo, también creía que podía traer orden a partir de esta indefinición. Crearía en la literatura el héroe arquetípico, el hombre (o mujer) que da forma a su mundo por un acto de auto-voluntad. En el melodrama de la novela el Romántico se proyectaría a sí mismo en la persona del carácter principal quien menosprecia someterse a los convencionalismos de la sociedad y, en lugar de ello, se comporta según sus propios valores escogidos los cuales son dictados solamente por sus deseos y anhelos. Dicho simplemente, “él, por la decisión de su voluntad, traería a la existencia un drama ficticio en el cual pudiera entrar y vivir, imponiendo un orden redentor en el caos de un universo sin significado y sin Dios.”<sup>34</sup>

La ficción dramática en la era moderna se convirtió en el medio principal por el cual el Romanticismo se empeñó en promover sus ideales. Sin embargo, el actor principal en este drama imaginario era más el *anti*-héroe que el héroe puesto que sus acciones estaban hechas menos en términos

---

33. Tarnas, *La Pasión de la Mente Occidental*, p. 368.

---

34. Tarnas, *La Pasión de la Mente Occidental*, pp. 370- 371.

de obedecer sino en retar las costumbres sociales que los Románticos miraban como asfixiantes en su propio mundo. Su propósito no era aceptar, sino destruir los confines de lo mundano y lo ordinario, desafiando audazmente los estándares de conducta y creencia de la sociedad. En esto él actúa la parte del héroe trágico quien osa oponerse a lo que a las masas ignorantes les parece ser el orden establecido de la naturaleza. Como no se puede conformar entonces debe ser destruido. Pero en ese actuar mismo expone su rol como el héroe-mártir quien muestra el camino hacia un llamado más alto y más noble. Su martirio hace expiación por todas las maldades de esta vida y abre el mundo de lo trivial a la posibilidad de una experiencia mejor y divina. Los Románticos no aceptarían el mundo de hecho: preferirían un mundo en fábula narrativa. En términos de la verdad lo real era lo ficticio y lo ficticio era lo real. Es un legado todavía perseguido por un vasto número de gentes de nuestro propio tiempo.

El héroe-rebelde de la literatura Romántica, aunque presentado en una forma idealizada, era de hecho la manera Romántica de proclamar su propia profunda insatisfacción con las prevalecientes condiciones de la humanidad. Al Romántico le gustaba identificarse a sí mismo con las masas sufrientes y afligidas. Esto reforzaba su propia creencia de que el hombre era una víctima de grandes fuerzas externas a él que conspiraban para agobiarle y quebrantarlo con una indiferencia inmisericorde. El surgimiento de la moderna

sociedad industrial, con su sustitución de los vínculos personales con relaciones puramente contractuales de naturaleza impersonal y calculadora, llenaba a los Románticos de una reacción de odio y atizaba las llamas de una poderosa agenda revolucionaria. La represión cultural pronto fue vista esencialmente como opresión política, del pobre por el rico, del débil por el fuerte. La sociedad fue desgarrada por los fieros antagonismos entre el explotador y el explotado, entre el propietario de los medios de producción y el trabajador que no poseía nada sino su trabajo que podía vender por un mero salario de esclavo.

Los Románticos se apasionaron rápidamente por lo que a ellos les parecía que eran graves injusticias. Ya no más simplemente se distanciarían de los intereses de la sociedad; en lugar de ellos, se animaron por una visión de una nueva utopía social radical. Miraron la necesidad de destruir todo orden social existente y reconstruir la sociedad según un programa que liberara a la humanidad de toda forma de explotación. El medio principal para alcanzar esta meta sería aprehender con violencia el control del estado y por medio de él transformar todas las relaciones existentes en un sistema totalmente socialista. Toda propiedad sería tomada por el estado y el estado remitiría a cada hombre las cosas de las tenga necesidad para la vida y la felicidad. De esta manera todo hombre dejaría de vivir y actuar en busca de sus propios intereses privados y, en lugar de ello, se



le haría someterse al más alto bien del estado. En este último sentido la visión Romántica difiere poco de la visión de la Ilustración que también buscaba, por medio del universalismo Estoico, transformar las acciones y búsquedas del individuo para que se ajustaran a su visión de bien cívico y social. Es simplemente que en la visión de la Ilustración esto sería alcanzado por medio de la educación y la ciencia, mientras que los Románticos pensaban menos en términos del uso de la razón como el medio y más en términos del uso de la coacción y la fuerza.

En el siglo diecinueve fue el Marxismo el que primero capturó la imaginación de los descontentos con la seria posibilidad de alcanzar estos fines, pero otros, menos radicales públicamente, gustaban de otros sistemas de pensamiento. Y a pesar del fracaso del Marxismo, u otros programas socialistas, por alcanzar sus metas declaradas completamente, no obstante se ha producido un cambio importante en la opinión en lo que respecta a la centralidad del rol del estado la cual se ha integrado en el pensamiento de la mayoría de la gente del mundo moderno. En cualquier parte donde exista el activista del estado, sin considerar el grado de su dominación sobre todas las áreas de la vida social contemporánea, allí yace todavía el espíritu Romántico para encontrarse vivo e instrumentalmente en función.

En esta coyuntura podemos preguntarnos, ¿cuál es el status presente del Roman-

ticismo? ¿Sentimos un cambio en el ambiente? ¿Está la gente comenzando a rechazar la influencia del Romanticismo en sus ideales culturales? ¿No es aparente, por lo menos políticamente, que gran número de personas están llegando a considerar al estado no tanto como un medio para la utopía social sino como una sofocante tiranía? ¿No ha sido desacreditado el socialismo en todas sus formas? ¿No hay por todas partes una lucha llevándose a cabo para librarnos de la intrusa presencia del gobierno con su poderosa burocracia y estrangulación reguladora de nuestras vidas y trabajos? ¿Ha producido realmente el estatismo la *libertad* y felicidad que fue prometida por su parte?

Quizás es cierto que para cada vez más gran número de personas en el planeta la esperanza de salvación por parte del estado se ha desvanecido grandemente. Los ochenta años en los que la mitad del mundo vivió bajo los sistemas comunistas inspirados por el Marxismo, han expuesto, en algo, sus concepciones Románticas como los mitos que realmente son. ¿Pero significa eso que la gente ha comenzado a ver una alternativa al rol central del estado? Especialmente en Occidente, que ha sido nuestro interés especial a lo largo de este estudio, uno es renuente a aceptar que los ideales Románticos hayan desaparecido. Un segmento muy grande de la sociedad todavía pone gran fe en el estado. Ciertamente intelectuales y pensadores no han abandonado esa esperanza. ¿Cómo explica uno esto? La razón principal

de esto parecería encontrarse en el hecho que el otro lado del Romanticismo, el lado que enfatizaba la libertad completa del individuo para complacerse a sí mismo en toda clase de experiencias, para estimular sus sentidos y sentimientos con poca o ninguna consideración por cualquiera o cualquier cosa excepto sus propios anhelos y deseos, ha seguido controlando el centro del ideal del hombre Occidental de cultura y civilización. Sea que pensemos en drogas, música popular, o experimentación sexual, por todas partes podemos ver multitudes desesperadas buscando urgentemente gratificaciones de auto-realización. Y las elites insisten en que es el derecho de cada persona disfrutar de cualquier libertinaje que la persona pueda imaginarse. Al mismo tiempo, muchos consienten la noción que surge de la función del estado la cual es asumir la responsabilidad por esto. Así pues, a menos y hasta que el Romanticismo sea destruido en su totalidad, la cultura Occidental permanecerá atascada en su presente situación.

Sin embargo, otra perspectiva en este asunto es igualmente apropiada. El Romanticismo, recordemos, comenzó como una voz distante de protesta, hablada primero por pensadores literatos y filósofos y escritores contra un mundo que les parecía opresivo y alienante. Ha crecido, en el espacio de tres siglos, para incluir a las masas y para ofrecerles una directiva moral para el orden personal y social. El Romanticismo crece sobre la noción de que el mundo no tiene significado

y que la vida carece de valor y propósito intrínseco. Cosas tales como la verdad, la justicia, lo correcto, lo incorrecto, o el bien y el mal, no tienen significado absoluto, sino que son solamente subjetivos y, en el mejor de los casos, relativos a la convención social. Aún así, el hombre debe tener orden para vivir, especialmente para vivir en sociedad. De otra forma la vida sería imposible dada la dura realidad del ambiente natural del hombre, y la tendencia por mucho tiempo reconocida por saquear y destruir a sus congéneres. Así, a pesar del anhelo de libertad y autonomía, y la creencia de que todos los hombres son movidos por el mismo impulso, el espíritu romántico es totalmente despectivo hacia cualquiera que piense que los hombres debiesen simplemente ser dejados a que vayan en pos de la vida en sus propios términos y para sus propios fines. No obstante, Rousseau, quien exaltaba especialmente la vida del primitivo sobre la de los hombres civilizados, quien creía que los hombres estaban más en armonía con la naturaleza y los unos con los otros antes de que fuesen tomados por la comezón de acumular riqueza material y status social, sabía que la humanidad ni querría ni podría retornar a su estado original de inocencia de manera voluntaria. En consecuencia, creía que el hombre debía necesariamente, y para su propio bien más profundo, ser obligado por la fuerza a ser libre. En otras palabras, la buena sociedad, una sociedad en la que el hombre recobrar su unidad original perdida, solamente sería posible por un deliberado

acto político. Todas las voluntades individuales, sostenía, debían ser obligadas a someterse a la “voluntad general.” Era solamente cuando los hombres habían sido corrompidos por el deseo de cada hombre de actuar y vivir de acuerdo a su propia voluntad privada que se veían tentados por la ambición egoísta y la ganancia personal a expensas de la igualdad y la unidad. Y puesto que no existe un orden moral global que gobierne la vida de los hombres en sus relaciones con otros hombres, la única solución es crear orden por medio del poder político. Al mismo tiempo, los pensadores de la elite, motivados por ideales Románticos, no se encontraban en el vacío acerca de quienes debía ser los ordenadores y quién debía ser el ordenado, quien debía hacer la coerción y quién debía ser el obligado. Solo ellos pertenecían al primer grupo, todos los otros al segundo. En este aspecto el Romanticismo todavía comparte la fe de la Ilustración en el conocimiento superior como el medio para gobernar y poner en orden a los hombres y las cosas. Los gobiernos Occidentales han llegado más y más a confiar en esta noción para dar legitimidad a sus políticas y prácticas. Si las sociedades en general del hombre Occidental parecen poco inclinadas a objetar, es solamente porque han sacrificado cualquier idea de orden moral como orden Divino y, en lugar de ello, han aceptado la alternativa del orden del hombre como todo lo que está disponible para la conducta personal y social.

Con el Romanticismo la civilización Occidental ha llegado a la presente etapa del impulso del poder. Y aún así es una visión del hombre y la sociedad todavía profundamente en deuda con la meta Griega, especialmente de Platón, de un control elitista del hombre por ciertas personas especialmente dotadas cuya idea del Bien provee el único estándar aceptable de verdad, justicia y orden. En otras palabras, la disputa entre la dimensión Humanista y la Cristiana de la dimensión Occidental parece haber concluido con el levantamiento de la primera y la caída de la segunda. Aunque esto podría ser causa de preocupación, especialmente cuando se puede ver que ello dirige más y más al crecimiento de la tiranía, al menos ha tenido el mérito de obligar a muchos Cristianos, quienes podrían retener algún interés por la cultura del hombre y la vida de la creación, a darse cuenta que el intento hecho por largo tiempo de combinar las dos ya no puede llevarse a cabo. Solamente cuando los Cristianos aprenden a considerar que deben basar sus ideas de cultura y civilización en fundamentos únicamente Bíblicos será posible dar pasos positivos en la genuina recuperación de la herencia de Occidente.